

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 22 de marzo de 2017**

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 222-230.

- *Non son sincera*
- *The things that I see*

*Gloria
Veni Sancte Spiritus*

«No soy sincera»: muchas veces estamos bloqueados en nuestro mal, y cuando lo reconocemos nace la petición: «Haz que encuentre [...] a quien es sincero, real / aquel a quien yo pueda, al menos, seguir» (A. Mascagni, «Non son sincera», *Cancionero, Comunión y Liberación*, Madrid 2007, p. 362), es decir, alguien que me despierte, que me haga salir del bloqueo, que me ponga de nuevo en marcha en el camino de la vida. A esta petición responde el Señor, y entonces la vida cambia: «Las cosas que veo me hacen reír como un niño [...] me hacen llorar como un hombre. Las cosas que veo: puedo mirar lo que Él me ha dado. Y Él me enseñará más incluso de lo que puedo ver» (R. Veras-R. Maniscalco, «The things that I see», *ibídem*, pp. 472-473), ensanchando mi horizonte, despertando todo mi sentido religioso. Por eso proseguimos con nuestro camino, para comprender cada vez más cuál es la tarea de la Iglesia en el mundo con respecto al hombre terrenal.

Me gustaría plantearte una pregunta: ¿No es demasiado poco decir que la función de la Iglesia es la educación en el sentido religioso? Una hija mía, cuando era pequeña, tenía curiosidades pequeñas, no manifestaba grandes expectativas. Recuerdo que le dije a mi mujer: «Pero no espera nada, es más, parece que no tiene sentido religioso», y mi mujer me respondió: «¡No seas estúpido!».

¡Qué tierna tu mujer!

No, ¡es inteligente, es inteligente! «Claro que lo tiene, solo hace falta ayudarla, educarla», me dijo. Yo he experimentado el deseo de que mi hija pudiese vivir plenamente una gran espera. Después, con el tiempo, esta espera se ha manifestado en ella como inquietud, como una espera inquieta. Entonces mi deseo cambió: ya no era que viviese simplemente el sentido religioso, sino que percibiese el valor de la Iglesia que yo he aprendido, que he “saboreado” en el movimiento, algo más que sentido religioso, la percepción de la presencia del Destino dentro de una compañía humana – que fuese libre de acogerla o de rechazarla, pero que por lo menos la percibiese–; tenía el deseo de que se diese cuenta de que la vida no es una búsqueda indefinida, sino que en un punto específico, en una realidad de hombres existe una densidad de vida que es la que nosotros buscamos. La pregunta es entonces: ¿No es demasiado poco decir que la función de la Iglesia es la educación en el sentido religioso? Esta afirmación, que es verdadera, muy verdadera, ¿no es menos que decir que la función de la Iglesia es educar en la fe, es decir, en el reconocimiento de Cristo presente de forma misteriosa entre nosotros?

Y en tu opinión, ¿qué puede facilitar el reconocimiento de Cristo presente en medio de nosotros? Si la finalidad es reconocer a Cristo, ¿qué puede facilitar este reconocimiento?

Seguramente la espera plena de Cristo.

¡Tú puedes percibir a Cristo justamente por esta espera plena!

Sí, pero entendida como educación: educar en la espera, educar en la respuesta.

Este es el problema. Creo que se trata de una pregunta muy, muy pertinente en estos tiempos en los que nos hallamos inmersos. Me viene a la mente lo que decía don Giussani ya en una intervención en Chieti hace muchos años, en 1986, que nos ayuda a comprender su insistencia sobre la educación en el sentido religioso: «En el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos [...] no directamente de los Diez mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano, del sentido religioso» (A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, encuentro, Madrid 2015, p. 16). Cuando empezó a dar clase en el liceo Berchet, don Giussani se dio cuenta de que todos sus alumnos sabían las fórmulas cristianas. De hecho, en aquel Milán de 1954 era imposible que un chaval no hubiese frecuentado la catequesis, no hubiese aprendido las fórmulas cristianas y no hubiese recibido los sacramentos. Pero, en un momento dado, todo eso había empezado a no ser suficiente para que la fe pudiese seguir siendo interesante para ellos. A comienzos de los años 60, el cardenal Montini le preguntó a don Giussani el porqué de su insistencia en la experiencia –como hemos podido leer en el libro de Marta Busani–. Y él respondió que la convivencia con los jóvenes había puesto de manifiesto que «normalmente a las “palabras” cristianas» no correspondía en la conciencia de los chavales «ningún reclamo concreto». ¡Esta es la cuestión! Los estudiantes percibían «la doctrina cristiana como abstracta y carente de significado para su existencia» (M. Busani, *Gioventù Studentesca. Storia di un movimento cattolico dalla ricostruzione alla contestazione*, Studium, Roma 2016, p. 233). Y esto no ponía en movimiento su libertad para poder reconocer, para poder adherirse a la doctrina. Para don Giussani se necesitaba la experiencia para poder comprender y vivir las ideas que expresan la realidad cristiana. Solo la experiencia personal haría posible un redescubrimiento más profundo de la enseñanza de la Iglesia. Giussani identificó muy bien –como puedes verlo que muchas veces nos preocupa a nosotros con respecto a los hijos, a los amigos, a los compañeros o a las personas con las que nos encontramos por el camino. De hecho, en *Vivendo nella carne*, afirma que «el motivo por el que la gente ya no cree o cree sin creer (reduce el hecho de creer a una participación formal, ritualista, a gestos, o bien a un moralismo) es porque no vive su propia humanidad, porque no está comprometida con su propia humanidad, con su propia sensibilidad, con su propia conciencia, y por tanto con su propia humanidad» (*Vivendo nella carne*, Bur, Milán 1998, p. 66). Entonces no se trata de un aspecto accesorio, porque es decisivo poner en movimiento toda la humanidad para que pueda participar verdaderamente en el acontecimiento de la fe que permite reconocer a Cristo. Por eso dice Jesús constantemente que ha venido para los enfermos y no para los sanos, para los que tienen una herida, y la respuesta a esta herida muestra la fe como pertinente a las exigencias de la vida. En este capítulo de *Por qué la Iglesia* no se habla de la salvación del hombre, es decir, Cristo, sino que se habla de por qué Cristo es útil para el camino del hombre en la relación con las cosas: porque empieza despertarse la humanidad de cada uno, a despertarse la propia humanidad. ¿Y cómo se llama esto? Testimonio cristiano. Como te ha sucedido a ti, como nos ha sucedido a nosotros, y como podrá sucederle también a tu hija. Ciertamente, no hay que reducir la propuesta al sentido religioso. Jesús no puso entre paréntesis su presencia total, con todos sus factores humano-divinos, podríamos decir; se presentó con toda su persona, y fue este testimonio lo que fascinó a quienes se encontraban con Él: «Nunca hemos visto una cosa igual» (Mc 2,12). Para poder implicar toda la humanidad de las personas con las que se encontraba, para despertar al hombre con el fin de que este pudiera adherirse, no bastaba con el sentido religioso, se necesitaba la presencia total de

la fe. ¿Cuál es el nexo entre la fe y el sentido religioso? Despertar el sentido religioso es justamente la verificación de la totalidad de la fe. Luego, adherirse o no adherirse es una decisión libre. Pero la tarea de la Iglesia es esta, para que también tu hija pueda descubrirlo.

En el 39º aniversario del secuestro de Aldo Moro (el 16 de marzo de 1978), he descubierto por casualidad algo que escribí siendo un joven profesor en los años 40: «Probablemente, a pesar de todo, la evolución histórica para la que seremos determinantes nosotros no satisfará nuestras exigencias ideales: la espléndida promesa que parece contenida en la intrínseca fuerza y belleza de aquellos ideales, no se mantendrá. Esto quiere decir que los hombres deberán permanecer siempre frente al derecho y al estado en una posición de mayor o menor pesimismo agudo. Y su dolor no se verá nunca plenamente confortado. Pero esta insatisfacción, este dolor son la misma insatisfacción del hombre frente a su vida, con demasiada frecuencia más estrecha y mezquina de lo que su belleza ideal parecería hacer esperar legítimamente. El dolor del hombre que continuamente encuentra cada cosa más pequeña de lo que querría, cuya vida es tan distinta del ideal contemplado en el sueño. Es un dolor que solo se calma un poco cuando se confiesa a almas que sabemos que pueden entender, cuando se canta en el arte o cuando la fuerza de una fe o la vieja naturaleza disuelven esa ansia y vuelven a dar paz. Quizá el destino del hombre no sea realizar plenamente la justicia, sino tener perpetuamente hambre y sed de la justicia. Pero este es siempre un gran destino» (A. Moro, Lo Stato. Corso di lezioni di filosofia del diritto, CEDAM, Padua 1943, pp.7-8). Es un testimonio muy actual del desafío que tenemos ante nosotros: vivir a la altura de un deseo que ninguna circunstancia puede reducir, sobre todo para quienes, como nosotros, han hecho la experiencia de un encuentro en el que hemos podido verificar que la espera de nuestro corazón ha sido abrazada, no ha sido resuelta, sino relanzada a la realidad en donde Alguien se ha comprometido a dejarse encontrar por aquellos que no dejan de buscarlo: la Samaritana, el hijo pródigo somos hoy nosotros. Desde hace alrededor de un año acompaño a un antiguo compañero mío cada mes a ver tu Escuela de comunidad; todavía se considera ateo, pero su corazón nunca ha dejado de pedir. Todo ha sucedido de forma muy sencilla. Hace un año me llamó después de muchos años sin saber de él y me contó que había empezado a ir a misa. Yo me quedé muy sorprendido. Cuando trabajaba conmigo, al provenir de una tradición marxista y de compromiso social, tenía siempre un montón de preguntas, me interpelaba siempre sobre muchas cuestiones, sobre la Iglesia, sobre los asuntos del trabajo; estaba siempre en una posición leal, es decir, se percibía que estaba en busca de una unidad o de un punto de encuentro. Cuando me dijo que había empezado a ir a misa le pregunté por qué, y él me respondió: «Para entender». Lo primero que se me ocurrió es proponerle ir a cada mes a tu Escuela de comunidad. Por eso, desde hace un año, nos vemos una vez al mes, comemos una pizza juntos, hablamos de la vida, y luego participamos juntos en la Escuela de comunidad. Viéndole a él, que ya no es un chaval, con gran seriedad y tenacidad, descubro nuevamente que estoy hecho de una espera indomable; esta hambre y esta sed son las armas para volver a descubrir presente al Señor en lo que sucede, en aquellos con los que nos encontramos. Antes de la Escuela de comunidad, mientras cenamos juntos, nuestros discursos son un poco confusos, los problemas son siempre mayores que nuestras fuerzas, pero después, una vez que ha terminado, mientras volvemos a casa, esos problemas siguen siendo los mismos, están siempre ahí, pero toma la delantera una gran paz, y mi amigo me dice a menudo: «Esos chicos que hablan, y que son tan serios con lo que viven y con las personas con las que se encuentran, me hacen mirar de forma distinta y con más esperanza las cosas que vivo».

Sigue yendo a misa para entender, pero dice que aquí, en esta experiencia de la Escuela de comunidad, descubre que lo que escucha tiene que ver con su vida. De este modo, este gesto se ha convertido en una cita cada vez más esperada, y su tensión me ha despertado también a mí.

Esto es lo que despierta constantemente la esperanza: participar en un lugar en donde se enciende la vida. Y nosotros sabemos, como vemos siempre en el Evangelio, que lo que les sucedía a los que se encontraban con Jesús era que se despertaba en ellos la esperanza —«Nunca hemos visto una cosa igual»—. Como me cuenta un universitario que está en el extranjero de *Erasmus*: en la relación que mantiene con un compañero suyo, este le fríe siempre a preguntas de una sencillez estupenda. «La semana pasada, delante de una cerveza, me dice: “sabes, desde que hablo contigo es como si tuviese dentro de mí una onda que no sabía que tenía” [se ha descubierto a sí mismo]. Hablamos de cosas profundas, de cosas sustanciales, fundamentales. Me impresiona mucho porque he visto que yo, dentro de mi incapacidad y no por mérito alguno, que por otro lado no tengo, soy instrumento para suscitar la verdadera naturaleza de otro, para hacer que surjan en él ciertas preguntas y una estatura auténtica delante de la vida. Es verdad que solo en el encuentro con alguien se puede cambiar, se puede ser más uno mismo y también descubrirse instrumento de lo que ha llenado de alegría mi vida». Es decir, ese chico que acaba de conocer empieza, a través de este amigo nuestro que está en el extranjero, a participar de aquello que Cristo ha venido a traer, empieza a sentir «una onda dentro», un “plus” de humanidad. Pero es preciso comprender bien la naturaleza de este fenómeno, porque describe la naturaleza misma de la Iglesia. Me pregunta uno de vosotros: «En las últimas semanas habíamos propuesto a los amigos contar cómo nos introduce la Iglesia en el Misterio y cómo nuestra conciencia se deja acompañar a través de lo que sucede, y esto provocó que se encendiera una discusión sobre lo que es la Iglesia. Por eso me gustaría pedirte que profundices en qué es verdaderamente la Iglesia, y en cómo podemos descubrir que la Iglesia realiza su tarea. Porque a veces identificamos la Iglesia con la compañía, y en algunos momentos compartía ciertos razonamientos, pero en otros no estaba para nada de acuerdo». Es como si nos quedásemos siempre ahí preguntándonos: en la relación que vivimos, en la forma de vivir la vida de la Iglesia, ¿ya tenemos claro qué es de verdad la Iglesia? La contribución que ofrece este capítulo es fundamental, ante todo porque nosotros podemos entender qué es la Iglesia viendo el modo con el que se propone. Podemos vivirla auténticamente o podemos pedir a la Iglesia que nos dé soluciones ya confeccionadas, pero este segundo modo de entenderla genera consecuencias negativas. Primera: si la Iglesia —dice Giussani— hiciese esto, faltaría «a su actitud educativa primigenia» y —segunda— restaría valor al tiempo e infravaloraría la historia. Por eso Giussani pone como ejemplo de un modo ambiguo de hacerse compañía o de entender la Iglesia el del hombre que pide a Jesús que haga de árbitro entre él y su hermano acerca de una cuestión de herencia. Giussani escribe que se trata de una tentación que está siempre al acecho, porque en los tiempos de Jesús había siempre maestros a los que la gente se podía dirigir «para resolver litigios y controversias: ¡es muy instintivo en el hombre [subraya] pensar que ha encontrado la fuente de solución de sus problemas! Jesús [¡atención!] despeja enseguida este equívoco». Puede existir un equívoco en lo que nosotros pedimos a la Iglesia, como podía existir un equívoco en que lo que algunas personas pedían a Jesús. Por eso don Giussani dice que «su interlocutor debió de quedar desconcertado» ante esta actitud, porque uno esperaría de Jesús una implicación hasta el punto de resolver los problemas; y en cambio Jesús no sucumbe a la ilusión de pensar que, haciendo esto, le ayudaría; Él no sucumbe a la ilusión, dice Giussani, de esos padres que piensan que resuelven los problemas de los hijos sustituyéndoles. Esta no es

la tarea de la Iglesia, de hecho, «sería además para la Iglesia una vana ilusión, porque de este modo faltaría a su misión educativa. [...] Además, sería por una parte devaluar [vaciar] la historia esencial propia del fenómeno cristiano y, por otra, empobrecer radicalmente el camino del hombre (pp. 219-221). Imaginad a unos padres que hiciesen los deberes en lugar de sus hijos: ¿sería un amor verdadero a sus hijos? Este sustituirles, ¿no les haría cada vez menos capaces de afrontar los desafíos? Vaciaría de significado el tiempo y empobrecería el camino de los hijos. Existe un modo de concebir nuestro estar juntos y la tarea de la Iglesia con relación a nosotros ante el que Jesús se rebela; de hecho, Él no acepta el papel que le queremos atribuir. De forma análoga, tampoco la Iglesia puede aceptarlo, y tampoco nuestra compañía puede hacerlo, porque faltarían –la Iglesia y nuestra compañía dentro de la Iglesia– a su tarea educativa. Por ello no podemos terminar el trabajo sobre este capítulo sin preguntarnos: nosotros, ¿qué pedimos al movimiento? Pedimos muchas veces soluciones; y si no nos las da, pensamos que el movimiento falta a su tarea educativa, por ejemplo cuando le pedimos que nos diga a quién o cómo votar. En cambio, la tarea del movimiento es ponernos en camino sin vaciar nuestra humanidad. Esto no es intimismo, ¿no se trata de una opción religiosa! Es simplemente el método de Jesús con relación a los dos hermanos: «Si os situáis en las condiciones adecuadas, podréis encontrar vosotros mismos la respuesta». ¿Y qué hace Jesús para no sucumbir a su petición? Desafía su libertad y su razón: «Daos cuenta de que si estáis apegados al dinero, aunque yo os diera una solución no podríais aceptarla». Y Giussani añade: no se trata de una «fórmula mágica [prestad atención a la expresión que usa] para evitar mecánicamente» los errores, «sino que es el fundamento para que la solución sea más fácilmente humana». ¿Cuál es el signo de que es humana? «La libertad es el síntoma esencial de la humanidad que tiene la solución adoptada». Jesús confía en el hecho de que, si el hombre se sitúa en la actitud justa, podrá encontrar su camino; del mismo modo sabe bien que, si el hombre no quiere ponerse en la actitud justa, aunque le ofrezca la solución no será capaz de aceptarla. De este modo el hombre, al haber sido despertado a esta actitud justa, puede encontrar –dice Giussani– el camino. Porque solo entonces, cuando el hombre acepta esto, impulsado por la Iglesia a vivir según una actitud verdaderamente religiosa, «no tarda en experimentar una energía y una fiereza en ponerse a trabajar que tienen una intensidad muy particular» (pp. 222-224). Un signo de ello es si estamos cada vez más implicados, si estamos cada vez más intensamente comprometidos con la realidad, si tenemos el deseo de meter las manos en la masa, sin pretender que otro nos dé la solución. Esto es lo que podrá hacer crecer verdaderamente a la persona, hacerla participar de esa plenitud que Cristo quiere comunicar al hombre en la historia. Y esto, en vez de minusvalorar el camino, lleva a experimentar una energía tal que permite entrar en los pliegues de la historia, en la concreción de los problemas. De joven yo no quería repetir únicamente lo que decía el profesor de matemáticas, ¿quería aprenderlo! Así quiero yo aprender lo que dice Giussani, ¿quiero que llegue a ser mío! Y esto no puede suceder sin mí, sin que mi libertad se implique constantemente. Si esto no se despierta en nosotros continuamente y no se ve constantemente reclamado a través de todo lo que sucede en la vida, nunca llegará a ser nuestro. Como cuando veo a otro vivir intensamente la realidad; si esto no llega a ser mío, no poder percibir la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida. Y esto solo lo verifico si yo me implico plenamente. Me escribe una persona: «¿Cómo me doy cuenta de que la Iglesia cumple conmigo su tarea?». Me doy cuenta si veo en la realidad que mi persona crece, que mi persona se implica cada vez más, que mi persona es capaz de meter las manos en la masa, que yo quiero descubrir la solución. Porque esta es mi tarea. «Esta parte de la Escuela de comunidad me ha hecho reflexionar mucho –me escribe una persona que no ha podido venir– sobre nuestra historia y sobre la

ambigüedad en la que hemos caído y que tú nos hiciste ver en los Ejercicios de hace tres años. “En una historia en la que Dios se ha encarnado, como prueba de su amor a los hombres, comprometerse con los problemas que nos plantean los tiempos es la primera forma de caridad” (p. 225). Esta afirmación me hizo darme cuenta de que he estado muchos años de mi vida comprometida de forma entusiasta, y conmigo muchos otros, pero he caído en la cuenta de que si este compromiso no consiste ante todo en ponerse uno mismo y las cosas o circunstancias que crean los problemas en relación con el fundamento de la vida, nos confundimos [poner las cosas y las circunstancias en relación con el fundamento de la vida: esta es la auténtica religiosidad] y pensamos que la solución está en nuestra propia generosidad. ¡Cuánto empeño en este tipo de soluciones! Y todo de buena fe, pero el reclamo había sido acogido solo a medias [por eso tenéis que estar atentos para ver si el modo con el que vivimos nuestro estar juntos llega hasta ahí, porque esto no lo pueden hacer los demás en mi lugar]. Me he dado cuenta de que solo cuando existe la conciencia de la dependencia total del Misterio puede surgir una gratuidad dentro de la acción; incluso dentro de los conflictos se da siempre esta conciencia que permite recuperar continuamente una hipótesis positiva al afrontar las dificultades. Esto ha supuesto para mí una verdadera corrección en la experiencia, ha sido la posibilidad de tener en cuenta todos los factores y por tanto de responder mejor». Nosotros tenemos en nuestra experiencia, si estamos atentos, la posibilidad de ser corregidos. ¿Cómo sabemos si uno es verdaderamente religioso –todo esto que nos decimos, de hecho, es para educarnos en la verdadera religiosidad–? Como nos ha dicho siempre don Giussani, sabemos que alguien es verdaderamente religioso cuando no vive la realidad quedándose solo en la apariencia. ¿Cuál es el signo, qué nos dice Giussani en el capítulo décimo de *El sentido religioso*? ¿Cómo sé que estoy viviendo la realidad en su totalidad? Si respiro. Si me ahogo es porque soy positivista, es decir, porque me quedo en la apariencia. Por eso si no nos implicamos en la realidad con el sentido de una dependencia total del Misterio, si no somos conducidos al Misterio, si no existe un punto de fuga, nos ahogamos.

En el trabajo sobre este capítulo, como siempre, lo que en un momento dado me permite comprender de qué se trata es descubrir su significado en una experiencia que he vivido. Hay dos cuestiones del movimiento en las que eso me ha parecido particularmente claro. La primera es el juicio de don Giussani sobre el resultado del 68, que parece antiguo pero que hemos retomado recientemente. ¿Por qué aquel desastre en el movimiento? Él lo sintetizaba diciendo: «No Le hemos buscado día y noche». Y tú has insistido últimamente cuando has retomado este juicio y nos has dicho: «Fijaos cómo atañe a nuestra situación, mirad qué pertinente es a nuestra experiencia del movimiento ahora». Entonces, justamente al revivir esa situación a la luz de este juicio, es como si hubiese visto desarrollarse todo el contenido de este capítulo. ¿Qué quiere decir este «no Le hemos buscado»? ¿Que hemos hecho todo menos una cosa? ¿O bien que teníamos que hacer esto más que lo otro, buscarle día y noche más que participar en las asambleas, en lugar de estar, como tú recordabas ahora, tan apasionadamente implicados con los problemas de todos? La respuesta está en cada página, pero la resumo en una breve cita en la página 223, en donde Giussani habla de libertad y de historia, en donde dice que «el hombre vive con la posibilidad de encontrar solución a las cosas, porque Dios no nos ha metido en el flujo del tiempo sin una razón». «Vive con la posibilidad de encontrar solución»: entonces el problema no es en absoluto haber participado en las asambleas con el Movimiento Estudiantil (sea del color que sea), no ha sido ciertamente esto, sino que el problema es que nuestra búsqueda de la solución no era la búsqueda de la posibilidad de una solución

exhaustiva, es decir, adecuada a nuestro deseo. ¿Y dónde está esta posibilidad? Dice Giussani: «No radica en el mecanismo que el hombre pueda concebir, y tampoco viene del exterior, de las cosas. Semejante posibilidad está confiada a la libertad que tengas para ponerte a ti mismo, y a las cosas o circunstancias que crean el problema en relación con el fundamento de la vida», como acabas de recordar. Para mí ha sido fundamental comprender que este es el juicio que me dice cómo se vuelven efectivos mis esfuerzos, no qué tengo que hacer en lugar de mis esfuerzos. Y yo creo que esto es fundamental para todos nosotros. Y una segunda cosa rapidísima, siempre en el momento de la experiencia que estamos viviendo actualmente: me parece que el ejemplo manzoniano que tú has recordado extraordinariamente de forma tan eficaz en el Corriere della Sera, el del encuentro entre el Innominado y Federico, es fundamental siempre, por lo menos para mí, para comprender qué quiere decir este capítulo. Porque está ese punto en el que se describe la mano del Innominado que se vuelve capaz de reparar «tantas injusticias, que derramará tantos beneficios, que se tenderá desarmada, pacífica, humilde a tantos enemigos» (J. Carrón, «El papa Francisco en Milán. La esperanza en un abrazo», Corriere della Sera, 1 de marzo de 2017, p. 28). Es increíble, es un modo concretísimo de decir cómo se mueve un hombre que comprende las necesidades e intenta afrontarlas y resolverlas. ¿Pero qué es lo más extraordinario y sencillo? ¿Qué es lo que hace a esta mano capaz de realizar esto? Es el encuentro con el cardenal Federico que le dice: «Dejadme que estreche esa mano»; por eso sus manos se hallan en las manos de alguien que le permite descubrir esa conciencia que expresa don Giussani en la página 229: «El reconocimiento de la dependencia de Dios que me ha creado, en cuyas manos estoy sin temor, la afirmación de que la consistencia de la vida radica en ese Otro y que, por ello, la esperanza de alcanzar el destino está en Otro». Lo que le falta al hombre de hoy es aquello en lo que nuestra compañía en la Iglesia nos puede educar.

Gracias.

Este año he empezado a hacer Escuela de comunidad junto a tres madres. Esto me ha obligado a hacer realmente el trabajo de Escuela de comunidad y es una maravilla por las relaciones que están volviendo florecer, por los milagros que suceden cada día. Realmente existe una libertad a la hora de pedirse las cosas, desde las más sencillas («La abuela está enferma, ¿podrías quedarte con la niña?») o las más delicadas («¿Cómo puedo volver a empezar la relación con mi marido? Desde hace meses nos peleamos continuamente y no sé qué hacer, ¡ayudadme!»), hasta decirnos que la Escuela de comunidad es el único punto que mantiene en pie la vida o sorprendernos dando gracias por lo que alguien te testimonia a pesar de los problemas de la vida, porque es evidente que con Él todo es posible y la vida merece verdaderamente la pena ser vivida. Este regalo inmenso que Dios me ha hecho ha empezado al encontrar una amiga. Hacía doce años que no vivía una amistad así. Una amiga que me muestra continuamente qué bonito es poder estar frente a toda mi persona, a mi libertad, a mis errores, a mi deseo, a mi mal, a mis pecados, sin censurar nada, teniendo todo al mismo nivel, y me mira, como tú decías en el artículo del Corriere, con «una mirada llena de estima para poder afrontar sin miedo el incesante y cotidiano desafío de la vida» (J. Carrón, «El papa Francisco en Milán. La esperanza en un abrazo», cit.). Me doy cuenta de que la tensión por afirmar la realidad según la mirada de Cristo es verdaderamente el fundamento de la paz, porque si mi marido trabaja y vuelve a casa tarde, yo podría enfadarme y decirle: «¡Nunca estás en casa! Yo hago esto y aquello, voy aquí y allá», pero vomitarle encima los problemas de la vida cotidiana no me hace feliz, y aunque mi marido estuviese siempre, aunque hiciese todo lo que yo quiero, no

sería suficiente en ningún caso, siempre habría otra cosa, y yo no sería feliz. Es evidente por tanto que solo deseando que Jesús me haga compañía puedo ser feliz. Pues bien, esto me está cambiando, hasta el punto de que una amiga me decía: «Me gusta esta “nueva versión” de ti». Para empezar, soy más feliz, todo es abrazado por Él y es evidencia de su presencia. Todas las cosas adquieren una belleza, una libertad, un gusto que te permite estar hasta bien entrada la noche, cansada, cocinando para una amiga que lo necesita y que quizá con una comida preparada tendría suficiente. Me veo a mí misma con una alegría y una serenidad en el corazón que afectan a toda mi persona, sin excluir nada, y que deseo para toda la vida.

Gracias.

En el trabajo sobre la Escuela de comunidad me ha tocado mucho, me ha provocado, diría que me ha golpeado, la parte en la que se habla de la ansiedad. Si por ansiedad se entiende el hecho de no ser capaz de separarme de las preocupaciones del trabajo, de las responsabilidades, de las obligaciones que se repiten una tras otra, el hecho de perder el sueño, de pensar en todo ello incluso cuando estoy con mi familia de vacaciones, arruinando de este modo la libertad en las relaciones y en el uso del tiempo, entonces yo soy un ansioso. He trabajado ya otras veces sobre este texto, pero esta parte no me había tocado tanto, probablemente porque entonces no tenía esta ansiedad. Pero me impresiona que don Giussani habla de la ansiedad en última instancia como algo que deriva del olvido de la dependencia originaria, del hecho de no reconocer que mi consistencia y esperanza están en Dios. De este modo, en lugar de mirar la realidad según la mirada de Cristo, la ansiedad es una mentira que me impide afirmar lo que he reconocido. Es cierto que lo he reconocido y lo reconozco como verdadero. Me apasiona el camino del peregrino que prosigue hacia la meta. No estoy quieto en esta posición, trato hacer el trabajo que nos propones, pido a Dios que me cambie el corazón, estoy con los amigos que consiguen vivir la realidad sin dejarse enjaular por los problemas. Estoy trabajando en ello y estoy seguro del buen resultado, pero te pido que me ayudes a ver con mayor claridad este punto porque me hace sufrir. La cuestión permanece abierta.

Estoy muy agradecido por el trabajo de la Escuela de comunidad. Las circunstancias que estoy viviendo en mi trabajo en este periodo suponen una verificación del contenido de estas páginas. Desde hace pocos días ha cambiado la cúpula de la empresa en la que trabajo y el clima es muy tenso y cerrado. Cada uno está de algún modo preocupado por un mañana que podría ser distinto del hoy con todas las consecuencias que esto implica. De este modo, todos tratan de defenderse de la realidad que parece ser demasiado hostil reclusándose en su propio rincón. Yo me he dado cuenta de que no estoy determinado por este clima general, no porque sea diferente o esté desaparecido, ni mucho menos porque sea un héroe, sino porque la Escuela de comunidad se está convirtiendo en una hipótesis para conocer lo que está sucediendo. Lo primero que he percibido es que la educación de la Iglesia en el sentido religioso permite usar verdaderamente la razón, o mejor aún, permite usarla de un cierto modo, gracias al cual la realidad deja de dar miedo y las circunstancias, aunque aparentemente sean contrarias, pueden ser miradas como una posibilidad positiva, todavía no conocida o descubierta –porque no sé cómo terminará todo el asunto–. Pero es como si emergiese dentro de mí una petición curiosa: «Señor, permíteme comprender qué quieres de mí y qué me estás pidiendo». Una compañera mía, preocupada por la situación, entra en mi despacho y después de hablar de todo lo que está sucediendo, me dice al salir: «Sin embargo, ¡qué bonito es escuchar ciertas cosas por la mañana! Me volveré a pasar

mañana». Yo no le había dicho cosas aparentemente religiosas, sino solo cómo estoy tratando de vivir la situación. Creo que este modo de usar la razón es la única posibilidad de ser adultos en el mundo, con una curiosidad de niños que no se pierde con el tiempo sino que, más aún, crece. La segunda cosa de la que me estoy dando cuenta es que esta educación hace saltar por los aires los esquemas de lo “ya sabido”, porque te permite ver las cosas de un modo que corresponde más que lo que yo tengo en la cabeza. Este depender de la realidad me parece que es el modo más humano de depender de Dios. En estos días muchos otros compañeros entran en mi despacho (siempre tengo la puerta abierta) –no trabajo en recursos humanos ni en organización del personal– planteando preguntas sobre el futuro. Cuando entran pienso que pueden depender de lo que yo soy capaz de decirles; pero en realidad cuando salen me doy cuenta de que soy yo el que depende de ellos, porque su necesidad me hace ver nuevamente mi necesidad. Gracias por la compañía en ese camino.

Lo que define mi actitud es si me retiro a mi rincón, defendiéndome de la realidad, o si Cristo me despierta constantemente para poder entrar en la realidad y poder ver, por esa actitud que Él genera en mí, la posibilidad de estar de forma distinta en la realidad; y esto es lo que llena de asombro a todos.

Cuento un episodio que ha iluminado un pasaje de la Escuela de comunidad, ese en el que Giussani habla de la posibilidad de solución exhaustiva como confiada a mi libertad de vigilancia frente al origen y el destino de la vida. Durante el periodo de prácticas he conocido a un antiguo profesor que durante la ronda de las visitas dijo que no había querido dedicarse a la medicina porque –decía– es una batalla perdida porque al final el paciente muere. Ante la perplejidad general, para mí fue como si me hubiese caído un rayo, porque en realidad esta pregunta latía en mí desde hacía algún tiempo, y me preguntaba: ¿por qué merece la pena cuidar el cuerpo si está destinado a la muerte, por muy provisional que sea? No es que haya tenido siempre la obsesión de ser médico, la mía es un poco una vocación tardía; entonces me preguntaba: en realidad, ¿qué hago aquí? ¿Y por qué Jesús durante su vida terrena no rechazó curar a los enfermos diciendo: «Yo voy a dar la vida por vosotros, por tanto no os preocupéis demasiado de vuestra enfermedad»? Ese día comprendí que la muerte es una contradicción demasiado grande, porque el hombre está hecho para la eternidad y por eso a lo largo de los siglos todos se han afanado por prolongar la vida. Pero, ¿qué es una vida que dure cien años, pero privada de significado? ¿Para qué vale la pena vivir? Estos últimos meses, que han sido bastante difíciles tanto física como espiritualmente, han agudizado en mí una radicalidad a la que han contribuido muchísimo los Ejercicios del CLU de diciembre, hasta el punto de que para mí es completamente evidente que sin Cristo, sin la relación con Él, todo se reduce a polvo y todos los objetivos que yo me doy para vivir se convierten al final en nada, y por eso pierde valor incluso cuidar la vida de una persona. Sin embargo ese día vi que merece la pena que yo me gaste en ese lugar justamente porque Dios me ha aferrado, porque existe esta relación en mi vida, Dios me ha agarrado por los pelos y a través de una compañía me ha mostrado que las cosas no corren hacia el olvido, sino que están destinadas a un bien inimaginable que ha plantado ya sus semillas en este mundo tan herido. Y podría poner muchísimos ejemplos. Dios me ha elegido a mí para gritar a todos que Jesús ha venido para salvarlo todo en nosotros, que somos queridos y amados desde la eternidad y que la muerte no vence. Obviamente no podría hacer esto poniéndome a comentar el Evangelio en medio del hospital; de hecho he visto muchas veces el testimonio de personas que me han mostrado que el reino de Dios se construye en el instante, en las pequeñas cosas transfiguradas por la espera. Por eso he

empezado a pedir que Cristo se hiciese visible en estas pequeñas cosas que yo tenía que hacer (tomar la tensión a un paciente, recoger un trozo de papel del suelo, sonreír una vez más a un paciente). Y me he descubierto distinta, en el sentido de que todo adquiriría color y gusto porque estaba hecho de diálogo con Aquel que me daba esa cosa en ese momento. Y me he descubierto distinta, en el sentido de que un trabajo como meter hojas en una carpeta, que para la residente que lo hacía conmigo era inútil, aburrido y humillante, para mí era algo de lo que alegrarme, aunque no fuera trabajo de médico. Entiendo que todo esto es fruto del camino de estos años de seguimiento en el movimiento, de la fidelidad a la caritativa, a todos los reclamos de la Iglesia a tener la costumbre humilde de una actitud recta, y es fruto del testimonio de todos los santos que el Señor me ha puesto al lado. En una palabra: es Su fidelidad a la que yo he empezado a decir que sí.

Es esta fidelidad de Dios hacia nosotros la que, cuando vivimos en un lugar que constantemente hace que sea distinto el instante, nos permite vivir con densidad la circunstancia, nos permite meter las manos en la masa, no nos deja mirar los toros desde la barrera, sino que nos permite entrar dentro de las entrañas de la vida. De este modo se exalta toda nuestra persona; y nosotros vemos la pertinencia de esta actitud a las exigencias de la vida porque nos permite afrontar lo real de forma distinta. O también, como decía la intervención anterior, puedes vivir con ansiedad o vivir con paz. Son signos que testimonian que quien vive religiosamente la realidad puede empezar a mostrar a los demás qué significa la fe con respecto a las exigencias de la vida, despertando en los demás toda la curiosidad y todo el deseo de participar, como hemos visto. Esta es la razón de haber sido elegidos, llamados: elegidos para vivir intensamente la realidad, de modo que podamos ofrecer una contribución a los demás, que los demás podrán secundar o no, según su libertad. En cualquier caso, nosotros podemos testimoniar, viviendo la realidad religiosamente, cómo es pertinente a la vida la fe cristiana, cómo todo se vuelve verdaderamente distinto. En el fondo, es cuanto nos ha testimoniado Jesús: al vivir la realidad en relación con el Padre, todo se volvía distinto. Pero para vivir así no tengo que vivir el sentido religioso como algo separado de lo demás; vivir el sentido religioso como lo vive Jesús es posible solo por la relación con el Padre. Y esta Escuela de comunidad nos permite ver, como hemos sorprendido en los pasajes que se han citado, qué nos introduce más en esta relación. Esto se verifica en el modo con el que afrontamos los problemas: cuando todos viven con ansiedad el trabajo, nosotros podemos afrontarlo de forma distinta; cuando para los demás es aburrido o carece de valor, para nosotros el instante adquiere una densidad inimaginable. Pero esto tenemos que verificarlo, cada uno de nosotros debe verificarlo dentro de las circunstancias, porque solo esto podrá convencernos; en caso contrario nuestros discursos se quedarán fuera de la realidad. Solo quien se implica, solo quien se compromete –“compromiso” es una palabra que se repite muchas veces en este capítulo– podrá experimentarlo en su vida, podrá ver florecer su vida, podrá sorprender en sí mismo una energía y una intensidad en la vida que de no ser así se darían solo sobre el papel o en el testimonio de los demás, pero que nunca serían nuestras, porque la vida resplandece solo cuando nosotros nos comprometemos, según la actitud que la Escuela de comunidad nos invita a asumir. Pensad qué puede llegar a ser la vida vivida de este modo y qué contribución podemos ofrecer al mundo, a nuestros compañeros y a nuestros amigos.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 24 de mayo a las 21 horas. Hasta ese momento trabajaremos el capítulo tercero de *Por qué la Iglesia*, «Lo divino en la Iglesia», desde la página 231 hasta la mitad de la página 239. Esta parte inicial del

capítulo está muy ligada al recorrido que hemos hecho hasta ahora. Las retomaremos en la Escuela de comunidad de mayo junto con la Introducción de los Ejercicios de la Fraternidad.

Manifiesto de Pascua. La imagen es del Beato Angélico, *Sermón de la montaña*, y el texto es un pasaje de Péguy que testimonia qué es la Iglesia, como hemos visto en el capítulo que acabamos de concluir.

«Milagro de milagros, hija mía, misterio de misterios.

Porque Jesucristo se hizo nuestro hermano carnal

Porque pronunció temporal y carnalmente las palabras eternas,

In monte, en la montaña,

Se nos ha dado a nosotros débiles,

Depende de nosotros, débiles y carnales,

El hacer vivir y alimentar y conservar vivas en el tiempo

Esas palabras pronunciadas vivas en el tiempo».

Esta es nuestra tarea: «Conservar vivas en el tiempo / Esas palabras pronunciadas vivas en el tiempo» para nosotros y para los demás, porque solo así podrán los demás percibirlos como interesantes para vivir. Y también nosotros. La frase de Péguy, que está citada también en la Escuela de comunidad (p.182), nos reclama a todos a descubrir y a vivir la presencia de Cristo hoy a través de esta vida, en los gestos, en el meter las manos en la masa, a través del modo con el que nosotros entramos en la realidad. Como dijimos al final de la Escuela de comunidad pasada y como han testimoniado muchas intervenciones esta noche, solo cuando las personas nos ven entrar en la realidad y vivir de forma distinta las circunstancias, los compromisos cotidianos, entonces las cosas que decimos adquieren vida, las palabras se comunican vivas porque son nuestros gestos los que hablan.

Libro del mes para abril y mayo será el libro de don Giussani *El milagro de la hospitalidad* (Encuentro).

Proponemos nuevamente este texto que reúne intervenciones y diálogos de don Giussani con Familias para la acogida. «Un ejemplo supremo de la acogida es Dios, que ha tenido tal piedad por el hombre que se ha hecho uno de nosotros y ha muerto por nosotros». La acogida es, por ello, la realización en grado máximo de la caridad, es decir, del reconocimiento de Cristo, de Dios que nos ha amado. Creo que este texto será una gran ayuda también para comprender mejor la carta que el Papa nos ha mandado.

Los Ejercicios espirituales de la Fraternidad, están hechos no solo de lecciones y de asamblea, sino también de silencio, de canto, de oración y de atención al otro. Por ello, dispongámonos a vivirlos en su totalidad para que lleguen a ser incisivos en nuestra vida, porque en ellos podremos hacer experiencia de lo que decimos si nuestro estar juntos es algo que, apoyándonos recíprocamente, nos pone delante del Misterio, nos educa en el sentido religioso, nos educa en la dependencia, nos pone en relación con el origen último del que dependemos, no solo con las palabras, sino con las palabras vivas que se vuelven gesto.

Encuentro con el Papa. Para la diócesis de Milán, recuerdo la participación en la misa con el Papa el sábado por la tarde. La carta que he enviado al *Corriere della Sera* (y publicada el pasado 1 de marzo) sobre este acontecimiento puede ser usada también en estos últimos días para invitar a los amigos, compañeros de trabajo y conocidos.

Veni Sancte Spiritus

¡Feliz Pascua a todos!